



Máscaras talladas en troncos (arte popular chileno).—Colección del Sr. Doyharçabal

## EL ARTE POPULAR EN CHILE

Conferencia pronunciada en la Exposición de Arte Popular de los Cursos de Verano de la Universidad de Chile.

No necesito conocer en su diversidad específica el arte popular de Chile para disertar someramente en el acto inaugural del certamen en que se manifiesta en su pujanza y en su profusión esa actividad colectiva del espíritu. Pero, ¿me son realmente desconocidas las formas peculiares de ese arte? Os habla un escritor argentino, huésped actual en la cátedra de la ilustre Universidad de Santiago y que en épocas diferentes de su vida de

periodista vino a este país para ponerse en contacto con los problemas de la nación o del continente, o adentrarse con la simpatía auscultadora del observador en la fácil intimidad del pueblo. En esas circunstancias me sentí atraído hacia las expresiones genuinas del arte popular chileno, que, debo confesarlo con alegría, no me sorprendieron como fenómeno exótico, extraño al viajero, sino como una refracción, en su originalidad vigo-

rosa, de algo que me resultaba familiar y llevaba en sí un eco o una huella de oficios manuales o espirituales de mi propia tierra.

Sé muy bien que los tejidos chilenos, por ejemplo, se diferencian en el tema y en el procedimiento de los que se hacen en las provincias argentinas, en que domina, a pesar de la abundancia de las corrientes inmigratorias y del poder despersonalizador del progreso, el factor tradicional; sé también en qué consisten los rasgos diferenciadores de la música chilena y de la música argentina. Mas, así como hallamos en el tejido de Córdoba o de la Rioja una cercana semejanza con el de Chile, encontramos cierta analogía en las creaciones melódicas del sector geográfico que desemboca en la cordillera mendocina, con las grandes y fuertes cadencias que ya dan carácter a la música chilena; es porque ambos pueblos se desarrollaron y se desarrollan bajo la doble influencia hispano-indígena y responden en su raigambre más profunda a un estado de ánimo que les es común y denuncia una reacción psicológica homogénea.

He podido practicar una experiencia respecto de las manifestaciones más prístinas del arte popular americano, que no sería acaso posible aplicar al de los países europeos. Cuando se hizo en París la primera exposición de arte popular ruso, los críticos y los etnólogos se esforzaron en analizarlo en sus detalles, para interpretarlo de una manera racional y llegar a comprender su significación estilizada o su belleza típica. Tuvieron que razonar ese arte para penetrarlo o, si se quiere, traducirlo al francés para asimilar su valor. Un argentino, un yanqui, un colombiano, un chileno, un brasileño o un mejicano no necesita pasar por ese difícil proceso mental para advertir el contenido recóndito de cualquier testimonio artístico de naturaleza

espontánea que constituye la confianza secular de los trozos de humanidad a que pertenece. Por más que la civilización azteca o incaica sea remota, o aparezca herética al hombre argentino o chileno, no lo son los signos hereditarios de su arte popular. Es porque esas elaboraciones anónimas, venidas de lejos en el tiempo, o modificadas por la inflexión occidental, representan en el fondo una unidad emocional en América, como la América misma, en su múltiple diferenciación política y en su numerosa personalidad nacional, representa a su vez una homogeneidad en la vasta y poliforme extensión del espíritu.

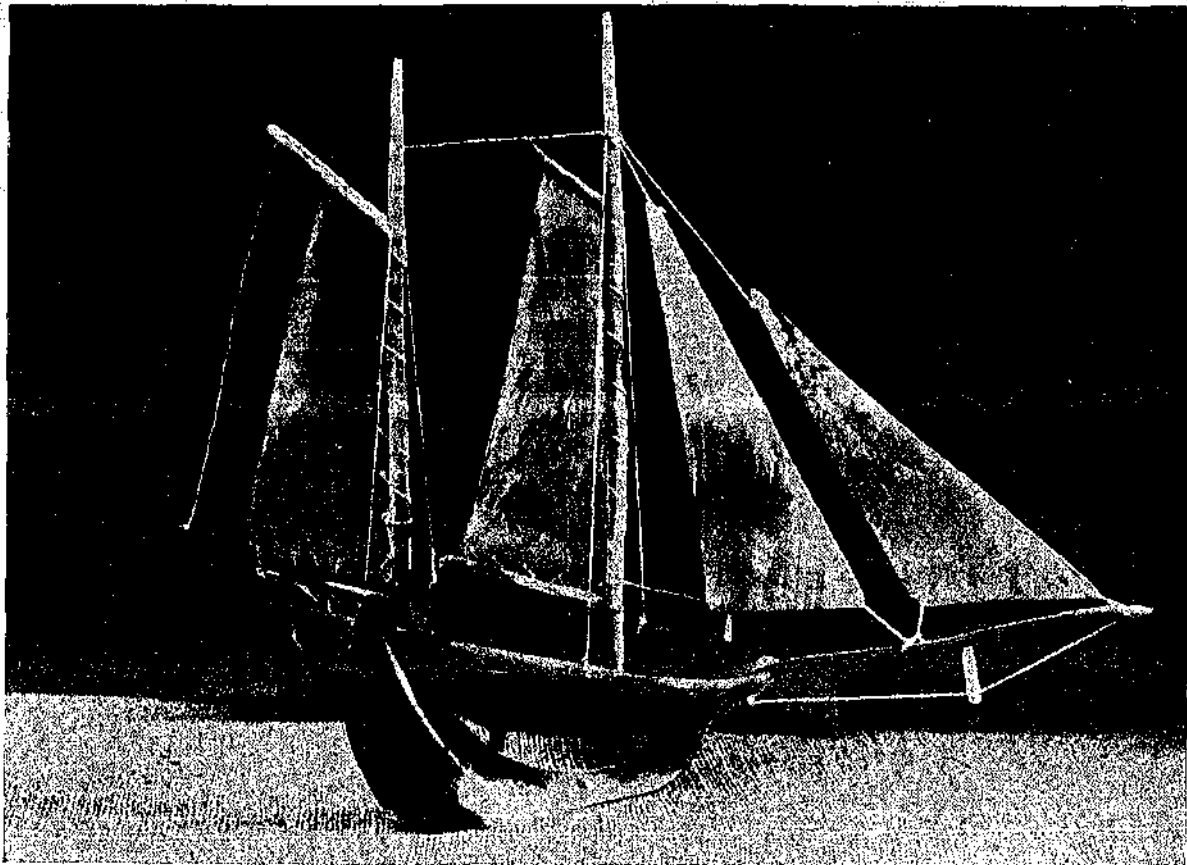
Todos los argentinos, pues, que asistirán a esta exposición de arte popular, comprenderán en sus as-

pectos más particulares lo que significa como exteriorización humilde y perdurable a la vez del espíritu chileno y sería prudente que nos fijáramos en lo que encierra de trascendencia permanente. Nos hallamos en una etapa histórica de transformación y de confusión, en que el hombre sale al encuentro de las novedades revulsivas.

Considero, en mi calidad de escritor, o sea, de obrero de una profesión espiritual, que ninguna cosa nueva debe sernos ajena y ningún hecho que tienda a transformar nuestra vida y a moverla hacia confines imprevisibles, debe sorprendernos como un acontecimiento hostil. Pero, si bien las sociedades, por el ritmo ininterrompible de la evolución, están llamadas a reformarse, a ahondarse y a

proporcionar al individuo medios desconocidos de expansión, creo, no obstante ello, que ese cambio silencioso ha de asentarse necesariamente sobre algo que nos dé una continuidad fundamental. Esa trama conjuntiva que nutre los trazos fisonómicos de un país a lo largo de su historia atormentada, nace del espíritu popular. Nosotros vemos que muchos artistas renovadores se alejan, frecuentemente, de las normas del arte culto y de las reglas consagradas por las escuelas tradicionales, para abrevarse directamente en el alma del pueblo. Un caso reciente nos lo prueba de una manera eficaz.

La música de Stravinsky, fué acogida en Europa, como una expresión individual, contraria a los cánones a que nos habían acostum-



Tallado en cacho.—Velero

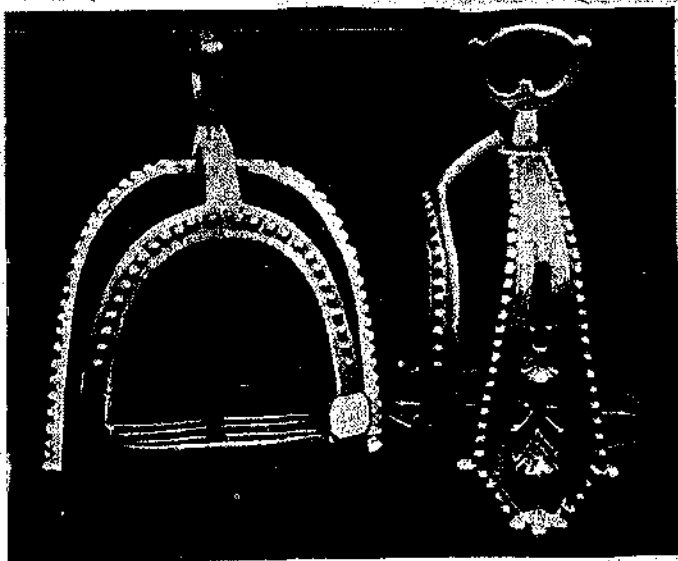


Estribos tallados en madera (arte popular chileno)



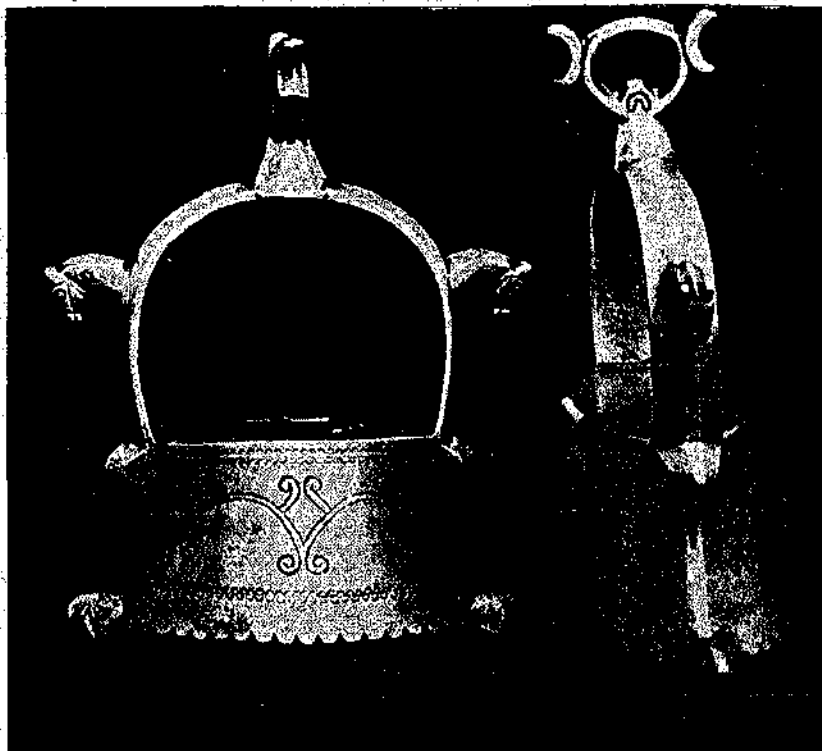
Tambores en cuero (arte popular chileno)

brado las obras de Wagner y de Debussy. Cuando nos fuimos habituando a su riqueza original nos encontramos con una sabia estilización de los motivos populares rusos. Hallamos así, en el revolucionario y violentamente disconformista Stravinsky, a un continuador de la música vernácula de Rusia; y es porque la revolución en el arte, igual que la de los sistemas sociales, no puede operar en el vacío y necesita, como todo lo estable y todo lo duradero, una continuación en la atmósfera que le es natural. Los países de América carecen ordinariamente de una larga tradición artística. Pero la que tienen es para ellos la indispensable levadura que los artistas aprovechan en su labor creadora. En mi país hay una música criolla y hay una poesía criolla. No me atrevería a sostener que esas formas de arte no han sufrido la influencia de la cultura europea, que ha formado nuestro espíritu y la orienta lentamente hacia una definitiva personalización. Más creo que así como sería una exageración aconsejar al escritor y al artista argentino que explote, exclusivamente, esas vetas heredadas y trate de definir un arte nacional aislado, sería también un error igualmente grave, procurar una europeización deliberada y excluir, en nombre de un principio estético glacial, el influjo fértil de lo que es substancialmente terráneo. No ignoro la prédica indianista que se extiende en algunos países del continente. La abona una causa local que debemos respetar y que a menudo nos estimula la admiración. Pienso, como piensa la mayor parte de mis compañeros de literatura de Buenos Aires, que la civilización americana, de ningún modo podrá ser un retorno a las

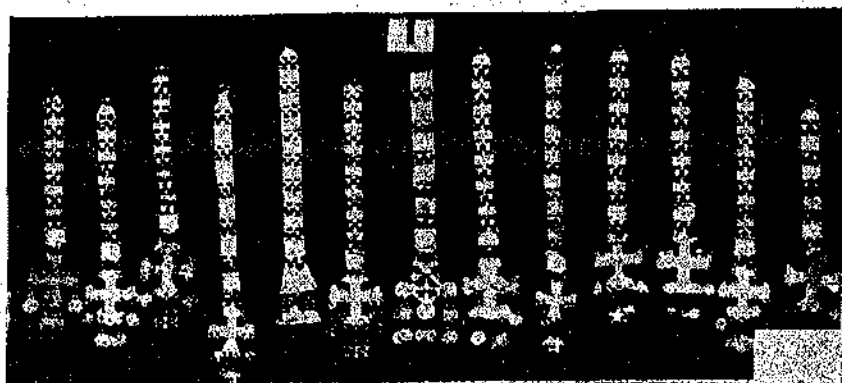


Estribos de plata (colección Doyharçabal)

fuentes precolombinas y será cada vez más una reproducción depurada y mejorada de la civilización europea. Ello no nos impide, pese a lo que digo, reconocer la necesidad de incorporar a esa civilización que construimos, el fluido poderoso de lo más telúricamente americano, de lo más medularmente espiritual de la América originaria, constituido por los elementos que se concretaron y adquirieron vitalidad arterial en el choque de la cultura de la conquista y la preexistente cultura de cada una de las inmensas zonas del hemisferio. Debemos propender a que estos elementos, que se reconocen visiblemente en la producción libre del arte popular, se



Estribos de plata (arte popular chileno). Colección del Sr. Doyharçabal



Aperos de plata para arneses (arte popular chileno)



Cerámicas de Quinchamalí

conviertan en un soplo vivificador de las artes elaboradas. Hemos llegado a un período en que la civilización y el adelanto material han transformado a los pueblos del Nuevo Mundo, en una especie de Nueva Europa, y en esa Nueva Europa, el arte popular americano se reviste a veces, con el aspecto de un exotismo pintoresco. La utilidad de las exposiciones, como la que se inaugura hoy, radica el deseo de familiarizar el espíritu unánime de la sociedad con el arte de su pueblo, a fin de que deje de ser exótico y se vuelva substancia viva y activa de pensamiento, de sugestión, de sentimiento. En la Exposición de Arte Popular Chileno, se descubre una fuerza de coherencia que le comunica individualidad y sentido colectivo. Si los artistas y los escritores reparan en su trascendencia y en su efusión comunicativa acabarán por darse cuenta de que estos países contienen una rica materia para su transformación y un aliciente para su sensibilidad que terminará por darles configuración rotunda, ante el continente y ante la curiosidad del mundo civilizado.—ALBERTO GERCHUNOFF.



Cachimba pipa de plata (arte popular chileno).—Colección del Sr. Doyharçabal.